El pueblo español

Colección "Nuevo Horizonte"

EL PUEBLO ESPAÑOL

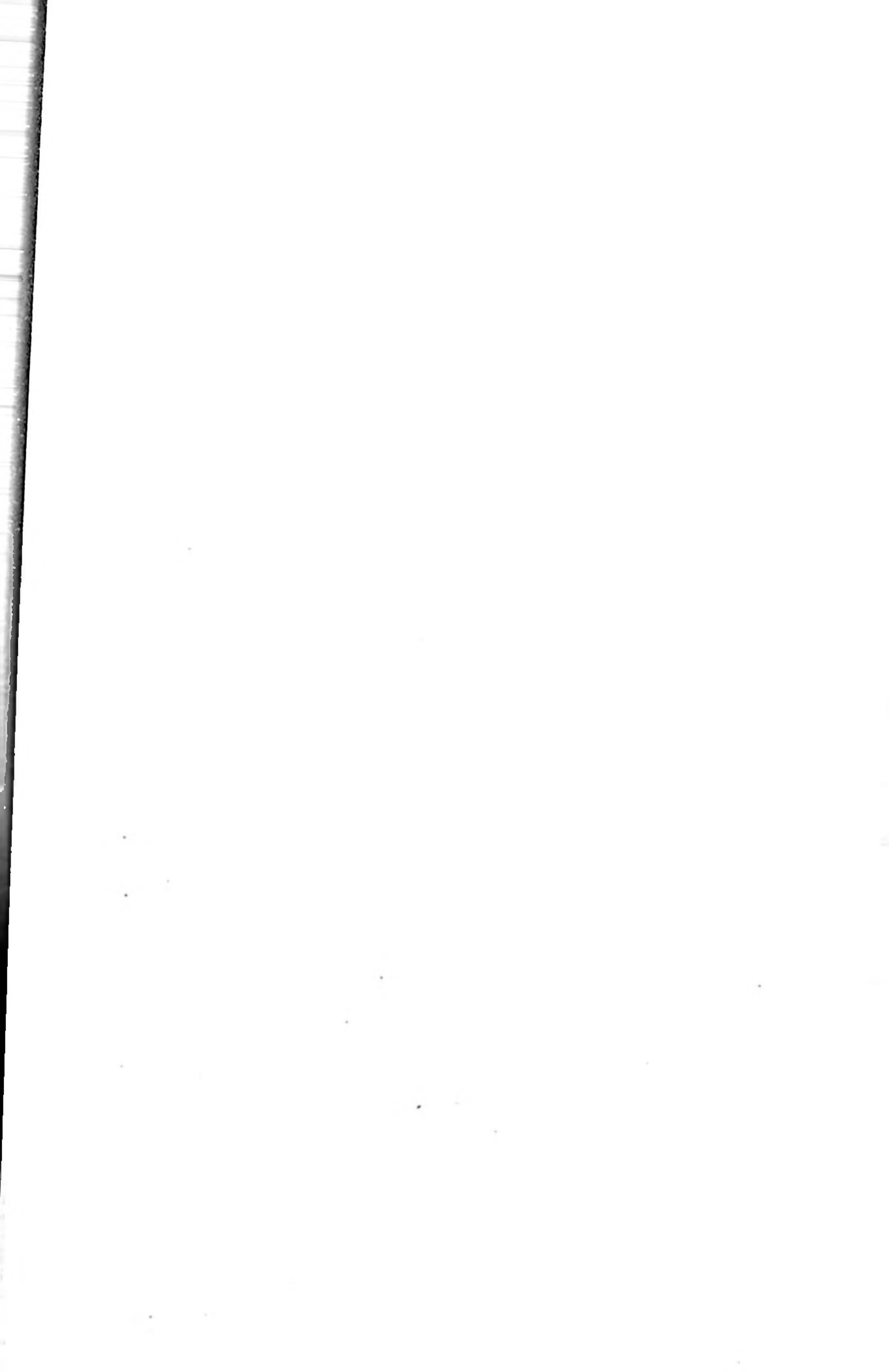
NUEVO HORIZONTE DE LA DEMOCRACIA



EDICIONES DEL MOVIMIENTO
Gaztambide, 59 - MADRID
Colección "Nuevo Horizonte"

Depósito Legal: M. 13.537 - 1961

HACIA EL NUEVO HORIZONTE DE LA DEMOCRACIA



INTRODUCCION

Ningún observador despierto, sea parcial o imparcial, desconoce que la humanidad de hoy tiende a la democracia. Meridiano por meridiano y paralelo por paralelo, la democracia ha adquirido el valor de una condición general. Es un «contraste» sin el cual ninguna mercancía política circula, o circula muy apuradamente.

Un intento—otro más—de aclarar lo que ha de entenderse por democracia correría hoy la misma suerte que los anteriores. Cualquier puntualización semántica, cuando se trata de palabra tan trillada y tan desgastada por el uso, por el abuso y por la polémica, no puede hacerse la ilusión de que acabará con las confusiones.

De otra parte, lo que manda en el tiempo que corre no son las puntualizaciones, sino la acción.

Y, por último, si a algún contradictor le hiciera falta ver delante, antes de seguir estos razonamientos, una acepción precisa de lo que es democracia, dé por

elegida la acepción más amplia, y quedarán ahorradas las discusiones que con su premiosidad anulan, escrupulizándola (reduciéndola, por tanto, a «escrúpulo»), la teoría más impecable.

La irrupción de los pueblos

De hecho, los pueblos están comportándose como más bien sordos a la ideologías, mientras con su vida general, impulsiva y decisiva, irrumpen en la historia.

Semejantes irrupciones populares son, evidentemente, democracia, en el sentido más amplio. Si se tiene en cuenta este carácter "ex abrupto", ajeno a proyecto y norma, y si se está dispuesto a entederlo, podría añadirse el ancestral ejemplo de Iberia: los pueblos irrumpen hoy en la historia "como el toro en la plaza". Porque su irrupción es alegre, intrépida y violenta, sana y acometedora; inocente y con formidables fondos de energía; espectacular, dispuesta al juego; ignorante de sus propios ímpetus, belleza y poder, y del todo ajena a la cósmica emoción que la circunda; sospechando y desconociendo enemigos en todas y en ninguna parte; lanzada de improviso "al sol", por decirlo con una sola palabra evocadora y expresiva.

Tratándose de una tendencia tan universal y profunda, pensar que el pueblo español viene viviendo ausente de ella sería como pensar que no vive, y ponerle no ya al nivel de los pueblos que se llaman subdesarollados, sino por debajo, incluso, de los que ahora inician su desarrollo: en la práctica. por debajo de todos.

Bien pobre o mendaz idea de este país muestran los que desde lejos—porque desde aquí dentro sería ridículo—aceptan la hipótesis de que estos millones de hombres se pasan los años llevando una vida vegetativa y subalterna, impresentable en el tiempo histórico presente.

Lo que el pueblo español ha hecho en los veinticinco años últimos, lo que está haciendo y lo que va a seguir haciendo es, ni más ni menos, inventar y crear su democracia, abrir y seguir su camino, imaginar y poner en obra su peculiar forma de marcha, en la misma dirección que el resto del mundo vivo, sólo que sin remedar—no faltaría más—el paso irresponsable de los que le son inferiores en experiencia, en categoría histórica, en cultura, en madurez y en autenticidad.

En otro fascículo de esta colección, el rotulado "Veinticinco años abiertos al futuro", y en sus primeras páginas, se ha apuntado con limpieza y sencilla sobriedad cómo España está viviendo un instante sugestivo de crecimiento y apertura, el impulso de modernidad que en nuestro país también late vigorosamente, como expresión popular del afán nacional de futuro. Allí se ha reconocido que, por supuesto, estos afanes, estas demandas, estos impulsos, han tenido lugar siempre y en todo lugar, pero en la España de hoy tienen caracteres "urgentes, estruendosos, multitudinarios".

Nuevo horizonte, nueva frontera

A lo largo del mencionado fascículo, y de los demás de nuestra colección, viene perfilándose la marcha de la comunidad de los españoles hacia un NUEVO

HORIZONTE. Expresiones como ésta, repetimos, brotan con viveza de la vida real de infinidad de pueblos; el caso norteamericano—la "nueva frontera" empleada como consigna central que llevó al poder al Presidente Kennedy— es reciente, y también ejemplar, aunque sólo fuera por el volumen del escenario nacional donde se produce.

La particularidad española consiste, y esto hay que reivindicarlo, porque es de justicia, en que el NUEVO HORIZONTE no es un proyecto ideado por ninguna mente solitaria y opositora (opositora al poder, en los dos sentidos: el de la "oposición" política y el del que "hace oposiciones" al mando), sino que es la continuación vivaz de los XXV AÑOS que lleva nuestro pueblo comportándose como tal, marchando como tal y contando como tal en la concurrencia universal de los pueblos contemporáneos.

Pueblo, presencia, régimen

El fascículo que tiene el lector en las manos se dirige al nuevo horizonte de la democracia, para lo cual enfoca lo que en este aspecto viene sucediendo durante los XXV AÑOS, e incita a lo que puede suceder de cara al nuevo horizonte. En esta introducción van a enunciarse—y con ello termina la introducción—tres conceptos radicales que se nos aparecen como resultado de las operaciones vitales cumplidas por nuestra colectividad. A saber:

1) El concepto de PUEBLO. No existirá "democracia" si no existe "demos". El "demos" es el sujeto de la política nacional, es necesario que ostente los caracteres propios de un "sujeto": unidad, totalidad, responsividad, responsabilidad.

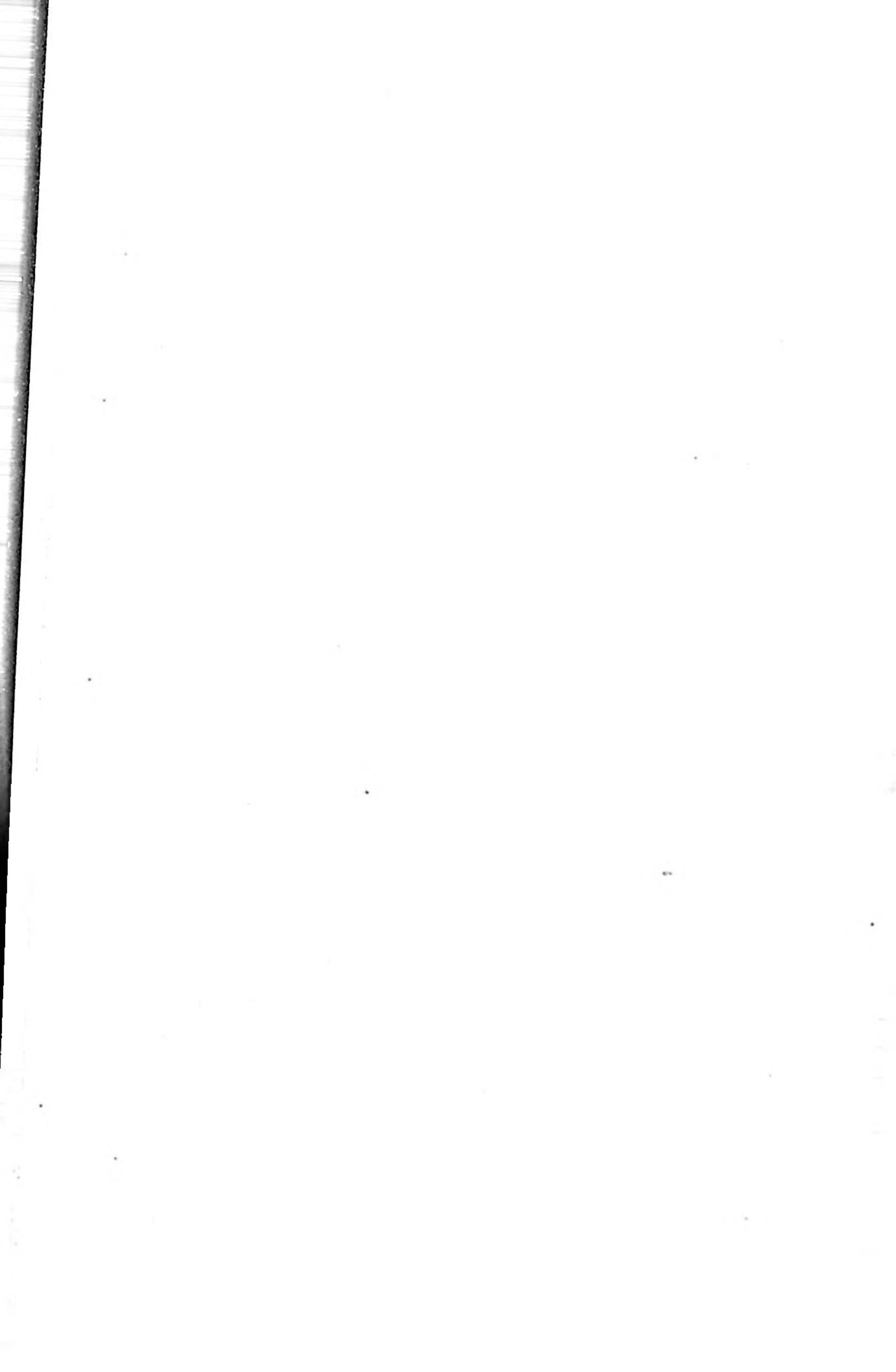
2) El concepto de PRESENCIA. La sustancia y los modos de la representación popular vienen ocupando la mayor parte, si no el todo, de las polémicas ideológicas en torno a la democracia. ¿Es posible perfeccionar los modos políticos de tal manera que la representación no sustituya—ni mucho menos desvirtúe o falsifique—a la presencia?

3) El concepto de REGIMEN. Las organizaciones estatales de la época pasada adolecen de una cierta lejanía—que llegó a ser no ya "cierta", sino "extremada"—entre la vida oficial y la vida real de los países. Superar revolucionariamente esta lejanía y extrañamiento supondría un cambio radical de las respectivas actitudes. A los "gobiernos" habrían sustituído los "regímenes".

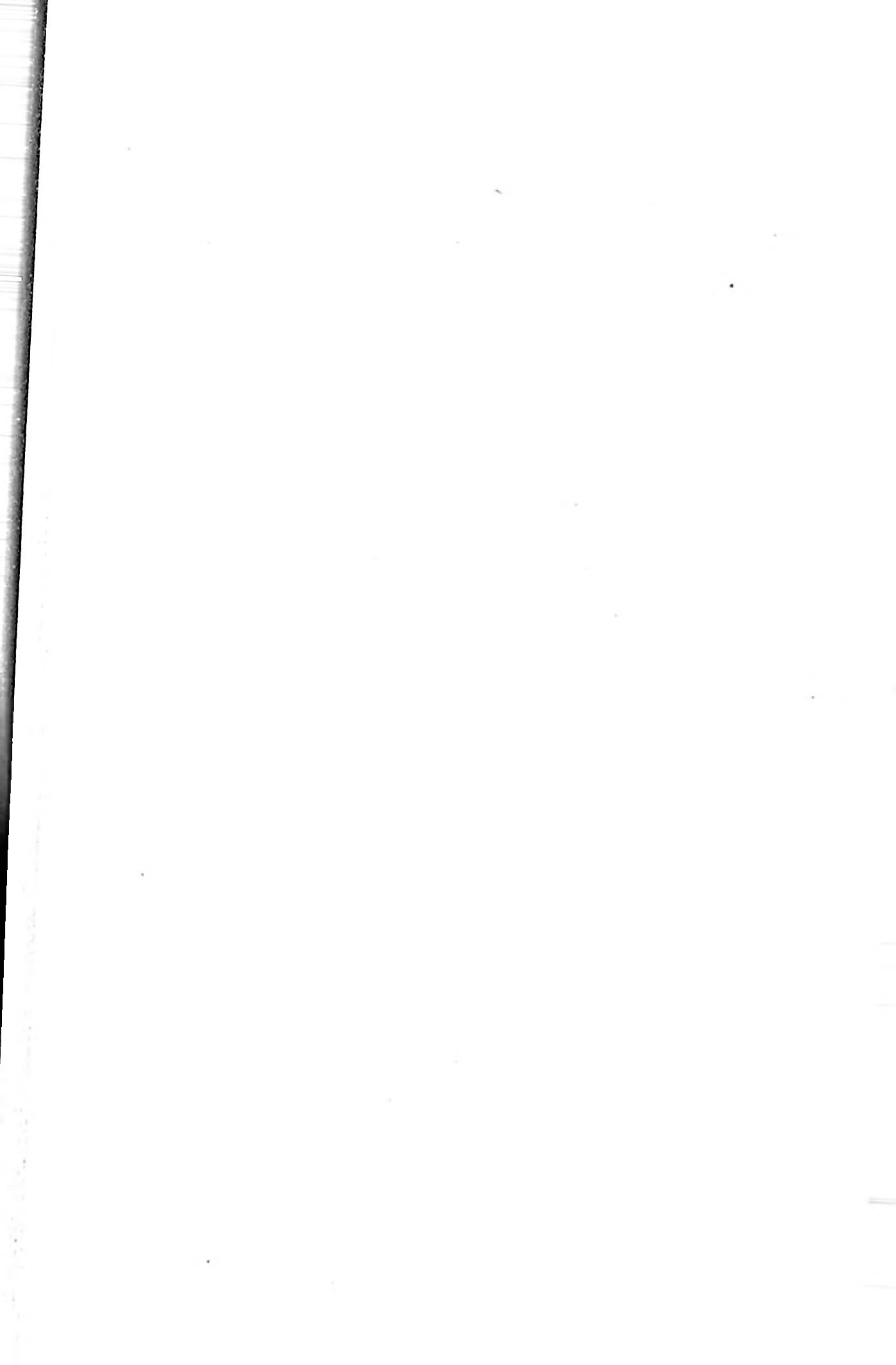
A este señalamiento de los tres temas que aquí se tratan hay que añadir ahora dos consideraciones, en rectificación aclaratoria del primer párrafo de este apartado. A saber:

a) Que no se trata, seamos objetivos, de "conceptos", sino de "realizaciones". De la contemplación de lo que está viviendo el pueblo español surgen esas tres imágenes—el pueblo, la presencia, el régimen—incitadoras. No de una teoría.

b) Que no se trata de operaciones "cumplidas", en el sentido de terminadas. Sino de transformaciones vitales en curso, adivinables, incitantes. No de un saldo, sino de valoraciones sobre la marcha, en pleno devenir; se desprenden al paso del pueblo español, ininterrumpidamente, progresando en su aventura durante XXV AÑOS y hacia el nuevo horizonte.



EL PROBLEMA
DE LA PRESENCIA
POPULAR



I. EL PUEBLO COMO PARTE

El balance del siglo y medio de experiencia liberal acusa un descenso constante del papel del pueblo. La democracia ochocentista había surgido sobre unas estructuras sociales en las que ya el «pueblo» no constituía sino una parte de la nación. Entre las revoluciones de 1789 y de 1848, y después, esta parte se hace progresivamente más pequeña, hasta desaparecer del cuadro político.

La primera de dichas revoluciones parece traer a primer plano al tercer estado, o clase popular, y equilibrarla con las otras dos. Lo que sucede en realidad es otro fraccionamiento del estado ínfimo. La porción más elevada se aparta y desgaja para formar la burguesía, estrato de los propietarios. El resto, empequeñecido y rebajado, queda en una posición marginal, y finalmente en una posición exterior al mundo políticosocial creado por el liberalismo.

Queda fuera en el orden político, pues incluso del derecho elemental del sufragio se excluye a la mayor parte, a virtud de los sistemas indirectos, de los censatarios y de los efectos de una mecánica electoral cada vez más a merced de los elementos de poder no

populares. Queda fuera el pueblo en el orden social, al ser aún más despreciado y peor tratado por la reciente burguesía que por las antiguas altas. Queda fuera en el orden económico, puesto que se ve reducido por el despliegue industrial de la época, a la condición de los parias del occidente ochocentista: el proletariado.

Esta exclusión es la que determina, desde mediados del siglo, el hecho de que los proletarios se sitúen a sí mismo, en su conciencia, en sus creencias y en sus sentimientos, como grupo hostil a la sociedad de la que forman parte; mejor dicho, de la que deberían formar parte. Sus recursos, su tenor de vida, sus costumbres, sus hábitos culturales y hasta indumentarios, todo les separa netamente de la sociedad, la cual no sólo tolera y aprueba esta separación, sino que la exige y la acentúa. El proletariado, en la *belle époque*, es un elemento extranjerizante, desarraigado, internacionalista y subversivo.

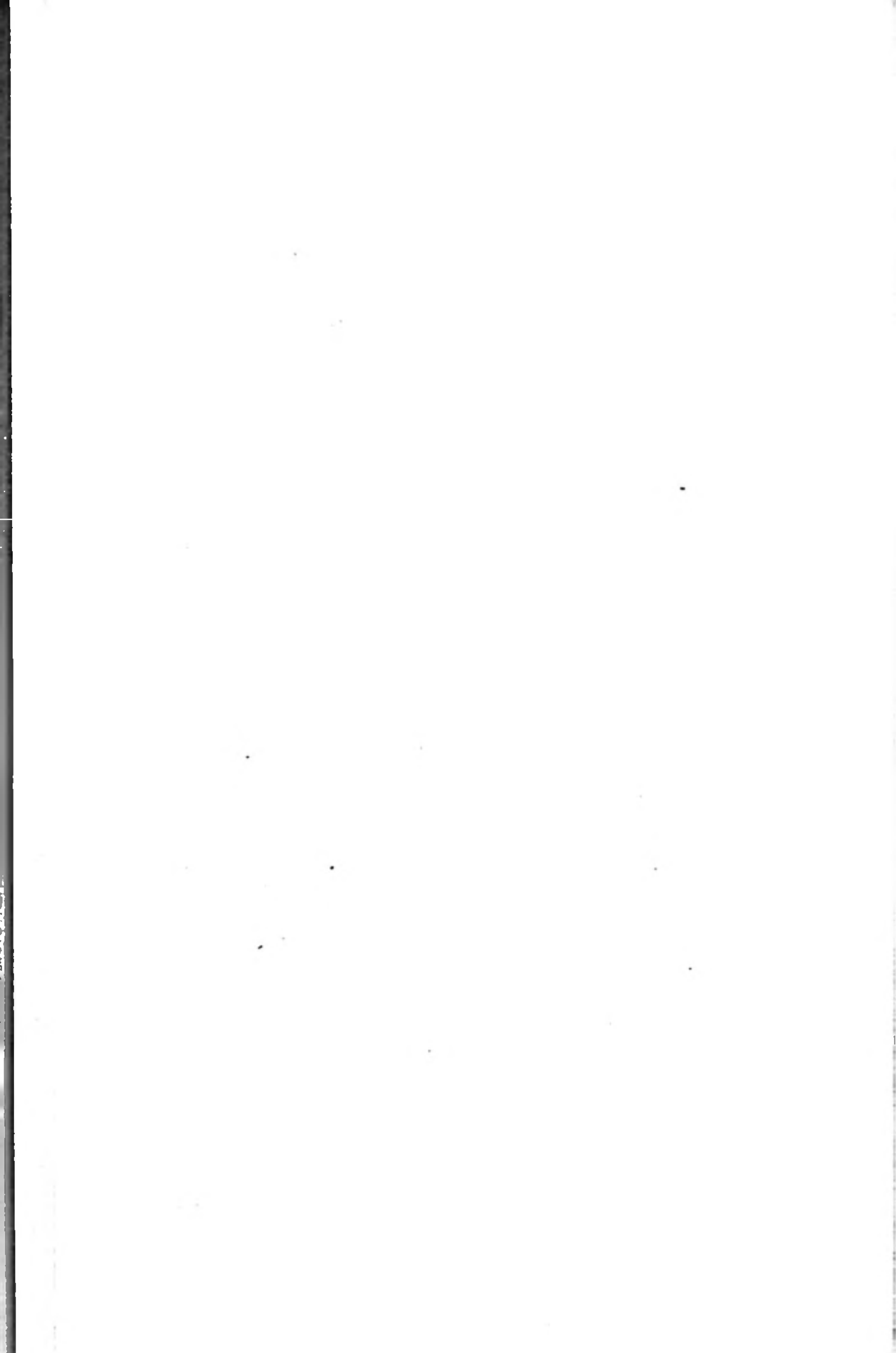
Importa subrayar esta trayectoria porque, no obstante su evidencia, no ha sido suficientemente advertida. Suele darse por bueno que la Edad Contemporánea (a la que, por cierto, ya es hora de considerar «Excontemporánea») supone un período de ascenso de las masas populares. Pues bien, esa edad, que en lo religioso ha sido definida ya como de despoblación de la fe, *fides depopulata*, se caracteriza por una *despoblación general* creciente, o extrañamiento progresivo del *pueblo*. El pueblo, que empieza en las colectividades nacionales de occidente siendo una porción social, termina siendo una porción antisocial. Si empieza mezclado vivencialmente con los demás, termina confinado en los suburbios. Si empieza constituyendo el vientre o los brazos del país (los pecheros y menestrales) termina siendo su cáncer: los revoltosos. Si

empieza absorbido por el trabajo mecánico, acaba embebido en el proyecto subversivo. Si empieza atenido a los puestos subalternos y serviles, acaba teniendo su puesto fijo al otro lado de las barricadas.

El juego parlamentario parece que habría de proporcionar al común unas vías eficaces de representación. Pero aquí también se quedó la teoría en pura vestidura apariencial, puesto que el juego se establece sobre la base de los partidos. Los partidos fueron tanto más numerosos—tanto más impotentes, pues—cuanto mayor la incultura, la impreparación, la candidez de las masas asequibles al politicastro. En semejante confusión, lo último que acaba por identificar al pueblo, lejos de ser las ideas o las ilusiones políticas, es su condición de humilde y humillado, de carente y oprimido, de astillado e indefenso: su condición de clase.

Consignemos todavía que la Edad Excontemporánea ha sido testigo y autor de este proceso, no sólo en las sociedades de occidente, sino más allá, en los territorios coloniales. La población colonial resulta discriminada, rebajada, y forzada, al fin, a constituirse en clase insurrecta.

Es la gran hazaña del liberalismo político, económico y social: Hacer que el pueblo ocupe un lugar cada vez más chico en el mapa, y acabe por no ocupar ninguno, por confinarse extrafronteras, como un bárbaro lejano, amenazante y vindicativo.



II. EL GOBIERNO COMO PARTE

Si durante el siglo y medio liberal el *pueblo* se achica, se aleja y acaba por perderse. al *gobierno* mismo le sucede algo muy semejante. Su papel y su acción tórnanse subsidiarios y marginales, hasta prácticamente extinguirse.

España conoce la alternativa suerte política, y también bélica, del absolutismo y las constituciones, a lo largo de la Edad Excontemporánea. Fernando VII, el último rey absoluto, lo es sólo por temporadas. Luego, los gobiernos de la nación no son ya absolutos, sino cada vez más relativos; pues aquí como en otras partes, las declaraciones constitucionales, al enumerar los derechos o libertades inviolables que se reconocen al ciudadano, son recortes, sustracciones, estrechamientos progresivos del cometido que se le reconoce al poder político en la auténtica vida social.

Los equilibrios de poderes dan por resultado que el terreno de la autoridad se limite progresivamente, hasta asemejarse a la vigilancia testifical, neutra y más

bien cohibida del sereno de una calle céntrica, humilde y soñoliento espectador de lo que pasa.

Es la conocida figura del Estado-gendarme. La fórmula del economista famoso *laissez faire, laissez paser, le monde va de lui même* representa muy bien la fe liberal en que el gobierno, de suyo, no es necesario; la sociedad, ella sola, subsiste y se desarrollará igual que los demás seres naturales. El poder se concibe como algo pegadizo, reliquia de otros tiempos, plaga histórica que ha de cicatrizar por sus pasos contados y acabará sanando: desprendiéndose. Ello está en la ortodoxia liberal, y es visto y aceptado como manifestación lógica del progreso; la reducción de la autoridad ha de ir paralela al retroceso del analfabetismo, de la criminalidad, de la incultura, etc.

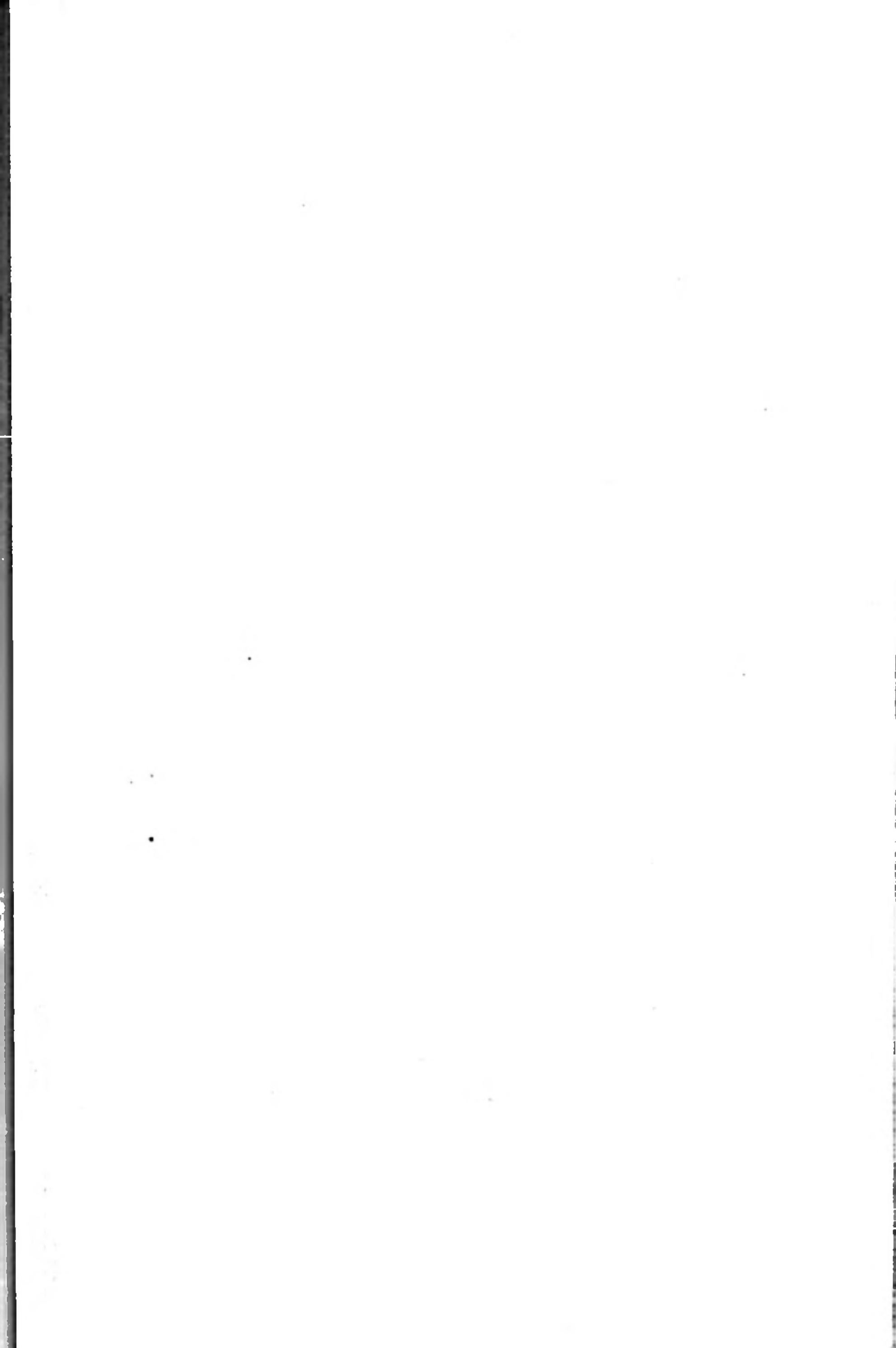
Las grandes innovaciones traídas por el progreso y por la técnica son acogidas por la autoridad liberal con el invariable ademán de apartarse, echarse a un lado y dejarles paso. El despliegue decimonónico del comercio, de la industria o de la imprenta suscitan la declaración inmediata de las respectivas—y, por supuesto «inviolables»—libertades. No importando que la libertad comercial e industrial determine la proletarización económica, como la libertad de imprenta lleva a la proletarización intelectual.

Ahora bien, mientras esto sucede en el plano teórico y en el administrativo, en el plano social sucede que el terreno abandonado, lejos de quedar libre, tierra de nadie y arena de la libertad de todos, se lo apropian otras fuerzas. La parte del gobierno, sí, es más chica; pero la parte o partes del león se la llevan las fuerzas económicas, las fuerzas asociativas o de grupo, las fuerzas internacionales, las fuerzas secretas.

Cuando el proceso ha avanzado lo suficiente y los

Estados ostentan una madurez liberal, los hombres que llegan de refresco a las alturas de la Administración, todavía cargados de buena fe e ilusianadas intenciones, experimentan la decepción nada trivial de encontrarse con que todo el aparato estatal (el «déspota», el «tirano» de una o dos generaciones anteriores) es un testaferro o un espantapájaros, cuyo poder no puede ni compararse con el de los plutócratas, con el de los grupos y coaliciones de presión, con el de las solapadas influencias extranjeras, etc. Cualquiera de estas fuerzas obliga a que un Gobierno dimita apenas constituido, pone o quita Jefes de Estado, trunca en un abrir y cerrar de ojos la vida política del estadista más esperanzador.

A semejanza de lo que pasó con el pueblo y vimos en el anterior artículo, el gobierno ha ido pisando un terreno cada vez menor, y ha terminado por ser excluido y residir fuera del campo de la decisión política.



III. DISCONTINUIDAD, LEJANIA Y EXTRAÑAMIENTO

La parcialización del pueblo y la parcialización del gobierno aumentan los espacios vacíos entre uno y otro, durante la evolución del régimen liberal representativo.

El primer expediente para hacer viable la representación popular estuvo en las votaciones. Todo y en todo instante se pone a votación, a propuesta de cualquiera y no importando el asunto, como si el acto de votar constituyera de suyo un exorcismo, un gesto salutífero de inagotable virtud y de efectos acumulativos.

Pronto desaparece esta fe y la representación por vía electoral se diluye; aparte de aflojarse en lo profundo la tensión del sufragio (la emisión del voto se torna un acto frívolo, trivial o venal), se abren y se dilatan cuatro vías, por lo menos, de discontinuidad: la periodicidad de las elecciones tendente a decrecer, la introducción de escalones intermedios, el establecimiento de mínimos en los escrutinios y el abstencionismo creciente.

El XIX español es tan prolífico en elecciones como en pronunciamientos. Lo cual demuestra bien a las claras que ni hay una fuerte voluntad popular ni una suficiente energía gubernamental. Preve el liberalismo la sólida personalidad soberana del pueblo y la firme tesitura del poder que le representa; pero lo que sucede, según venimos viendo, es que tanto el gobierno como el pueblo, al achicarse se distancian entre sí, extrañándose ambos del cuerpo general de los ciudadanos. A la neutralidad de los gobiernos en la lucha económica y social, el pueblo responde con despego, indisciplina, conspiración o abandono. No hay pueblo, sino partidas. No hay gobierno, sino partidos.

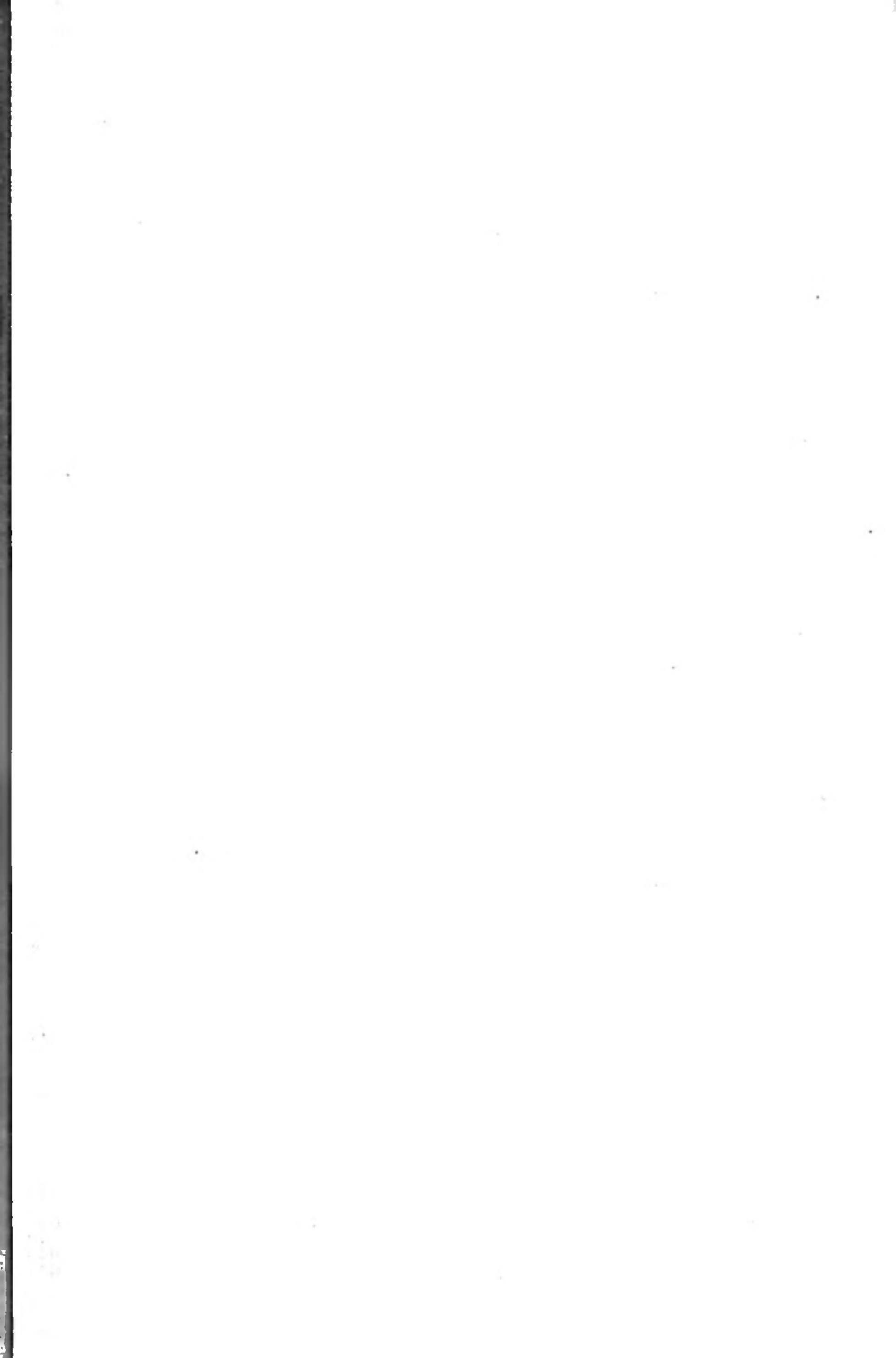
La época de culminación de la Edad Excontemporánea es lo que se llama ahora, comprensiva e irónicamente, la *belle époque.* Ella muestra en su estilo social, con una claridad inesquivable, las dos cosas:

Por una parte, el desprecio general frente al gobierno. Los funcionarios y sus funciones son ridiculizados. «Si entre varios hermanos hay uno que no sirve para otra cosa, se mete a político». Militares, sacerdotes, y burócratas, acomplejados por su situación social de inferioridad, tienden a redimirla mundanizándose, para ser con esta condición tolerados o admitidos por la sociedad burguesa. Las arcas del erario —siempre flacas— se conciben no más que como reserva para sustentar una piojera de infelices, sometidos a un escuálido turno de cesantías y credenciales.

Por otra parte, el desprecio general frente al pueblo. El fenómeno de «lo cursi» es bien significativo de una sociedad donde nadie, ni siquiera quien no puede ser otra cosa, se presta a pasar por pueblo. Se gasta más en el gesto burgués de aparentar, que en el consumo y el ahorro. El menestral es objeto de un tuteo despectivo y de un trato de apestoso. El servidor es cuidado-

samente malalimentado y selectivamente confinado en el sótano, la bohardilla o el suburbio.

Es la evolución de unas sociedades (recuérdese la extensísima novelística de Pérez Galdós, la mejor historia descriptiva del liberalismo que se haya escrito jamás) que han echado fuera de su territorio moral a Pueblo y a Gobierno con idéntico asco. Nunca se ha producido mayor lejanía entre Pueblo y Gobierno. Les separa nada menos que... el todo, el sistema de las «fuerzas vivas», el conjunto de estimaciones, estructuras y conductas que constituyen las sociedades nacionales en el auge del capitalismo.



IV. EL RESCATE DE LA PRESENCIA POPULAR

Desde que, con la segunda guerra mundial, acabó la Edad Excontemporánea, está operándose a ojos vistas un giro de ciento ochenta grados, por las dos partes, pueblo y gobierno, que puede formularse así: del extrañamiento a la totalización.

Por lo que respecta al primero, difícil es ya marcar, en el conjunto social, una raya entre lo que es pueblo y lo que no lo es. El porcentaje de población activa se ha hecho mayoritario en todas partes. Las fronteras entre las clases han perdido vigor y vigencia. Todos, salvo los muy anacrónicos, somos pueblo, nos sentimos pueblo y nos comportamos como pueblo. Ni en la conciencia ni en la conducta, existen ya grupos apreciables que se mantengan *au desus de la melée,* y que al ser invocado el pueblo no se sientan personalmente invocados.

Por lo demás, las circunstancias objetivas —fluidez de la economía, generalidad de las comunicaciones, standardización de la cultura, propagación instantá-

nea e incoercible de los movimientos sociales de opinión— han hecho imposibles las actitudes de aislamiento y las torres de marfil, singulares o de grupo.

Por lo que respecta al gobierno, cada vez son menos las parcelas de la vida colectiva donde no es requerida su asistencia. Salud, educación, economía, moral... La socialización—se lee en la *Mater et Magistra*— «contribuye a fomentar en los seres humanos individuales la afirmación y el desarrollo de las cualidades propias de la persona; además, se concreta en una *reconstrucción orgánica* de la convivencia, que nuestro predecesor Pío XI proponía y defendía como *condición indispensable* para que queden satisfechas las exigencias de la justicia social». El subrayado es nuestro.

De la parte contraria, se ha inventado un neoliberalismo que no es sino el arbitrio para adecentar, con la tapadera de un prefijo, la vuelta del revés de la postura liberal que, desde excluir al Gobierno de todas partes, está pasando a requerirlo en todas, bajo forma de planificación, programación, coordinación... Intervención, en una palabra. Como se ha inventado el neocapitalismo para atraer al pueblo, igualmente excluido y extrañado por el capitalismo real y verdadero.

El proceso de rescate de la presencia popular viene operándose en nuestro país durante los XXV años que ahora cumple el Régimen. Conviene recalcar esta palabra: Régimen. Porque la vida nacional, diríamos, no tiene ahora la forma de *Gobierno* —como bajo Fernando VII, Castelar, Sagasta o Portela Valladares— sino la forma de *Régimen*. Lo que nos caracteriza son unas empresas nacionales en marcha que a todos, Gobierno y Pueblo, nos implican con simultaneidad, coacción e identificación. Esas empresas nacionales no quedan sometidas al arbitrio de las fuerzas

particulares espontáneas, no pueden realizarse marginalmente a un pueblo que aporta la mera mano de obra retribuida al uso mercantil; ni tampoco pueden ser hechas por simple disposición gubernamental. Esas realizaciones sólo pueden llegar a serlo como operación de alguien en el que se incorporan el *Estado* y el *Pueblo*: como operación del *Régimen.*

Hay que penetrar en este concepto y remacharlo, como el quicio mismo del nuevo horizonte de la vida española. La relación de gobierno y pueblo ya no ha de reducirse a los hilos de la representación política al estilo liberal; la nueva relación es una relación de *presencia.* La presencia del pueblo no haría falta para un Gobierno-gendarme, cuya misión se agotara en el acta notarial de los escrutinios, o en ciertas mediaciones y arbitrajes benévolos; para eso bastaría una lejana y pasiva asistencia popular, o la mera indiferencia popular. En cambio, las obras de un Régimen necesitan que el pueblo —que, por su parte, ya no es una fracción— no esté ausente, ni meramente representado; necesitan la presencia activa, viva, consciente y ejecutiva, total, del pueblo.

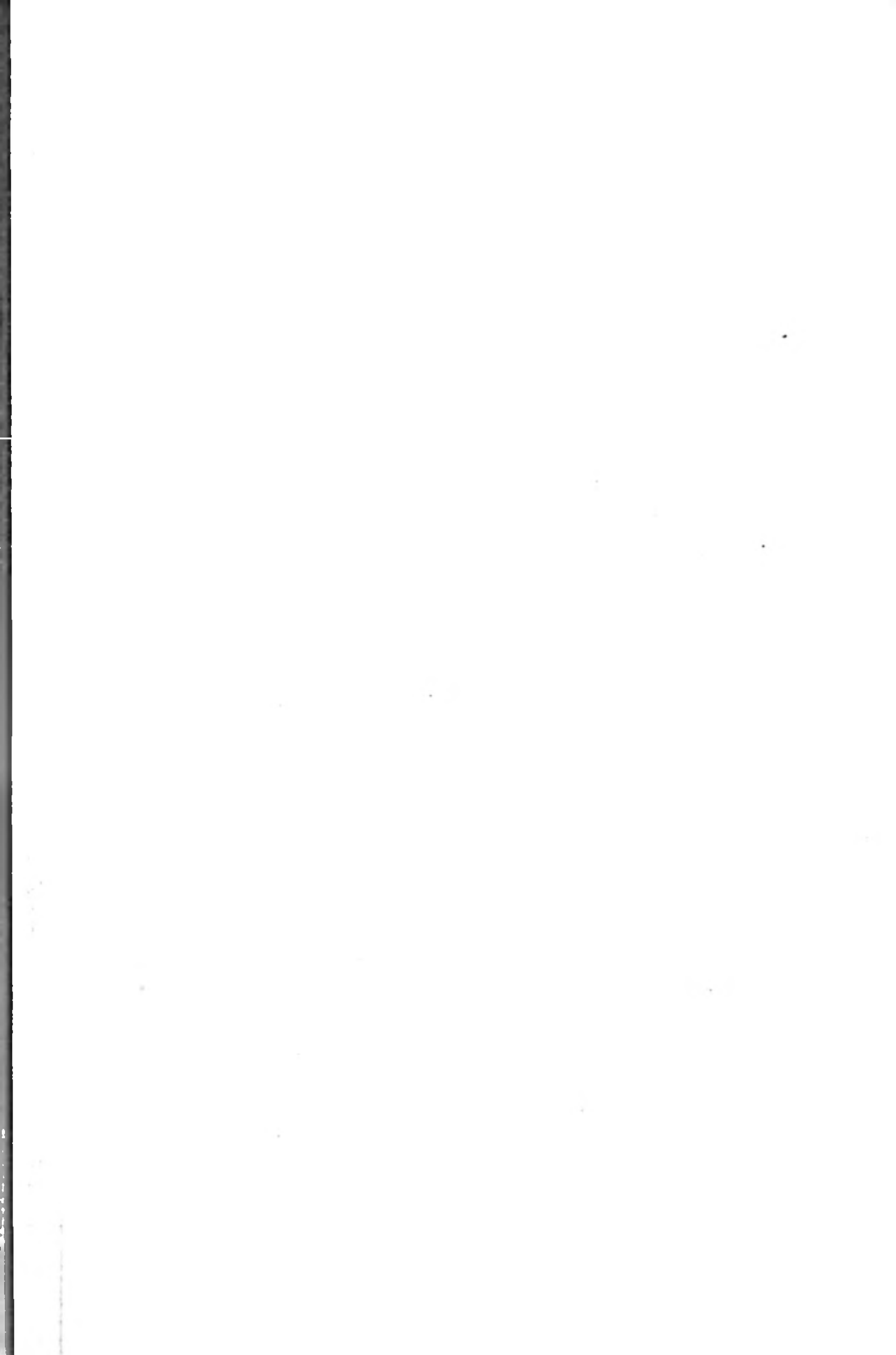
No está de más recordar la universalidad de condiciones semejantes. Las nuevas naciones—ayer mismo no más que selváticos bosques y tribus—nos sorprenden con realizaciones formidables. Las naciones veteranas que no se renuevan en esta dirección, decaen aceleradamente. Y los máximos poderes mundiales, es en esta dirección en la que compiten con todas sus energías.

En España, es el Movimiento Nacional el que (por la providencia divina quizá todavía más que por la previsión humana) nos ha puesto en el camino real de

sustituir a los gobiernos discontinuos y extrañados por el *Régimen* de realizaciones globales populares.

Veamos ahora los modos de presencia popular que se muestran abiertos, estimulantes y tentadores, en el nuevo horizonte.

LOS MODOS DE LA PRESENCIA POPULAR



V. PRESENCIA INDIVIDUAL

Para revisar con algún orden los modos de presencia popular, puede empezarse echando mano del esquema teórico de partida, que apunta a los tres campos más inmediatamente asequibles, imperados por la misma doctrina fundamental del Régimen: El individual, privado o familiar. El de la vecindad próxima, ciudadano o municipal. El de la producción.

Después se hablará de otros modos de presencia: la acción cooperativa, la intervención políticoadministrativa, la prefiguración del futuro.

Durante los últimos años ha empezado a activarse el impulso de dar formas regladas a la «representación familiar». Es un ámbito de la mayor importancia, porque el fruto y el sentido de XXV años de sosiego, de renovación generacional pacífica, de habituación a la modernidad innovadora, de decantación y emprendimiento, han de reconocerse en la adultez lograda por el pueblo. El cual, gracias a esta adultez, está listo para desplegar su fuerza creadora, ordenar originalmente su vida, mantenerse inasequible a la

rutina y poner por obra su concepción peculiar del mundo. Igual, por cierto, como muchos pueblos de diversos continentes trajinan hoy día en disponer su pulso vital según la sustancia y el ritmo que les salen de dentro, de sus caracteres nacionales genuinos.

Las asociaciones de los cabezas de familia—es decir, de los individuos completos, autónomos, representativos y responsables—, aunque no lo sean todo en este orden de activación popular, han de ser mucho. Por de pronto, el hecho de que ahora estén empezando a configurarse supone un aliento y un estímulo, ya que las posibilidades están abiertas de par en par. Esas apenas perfiladas estructuras asociativas no son un último límite, sino un desbroce inicial.

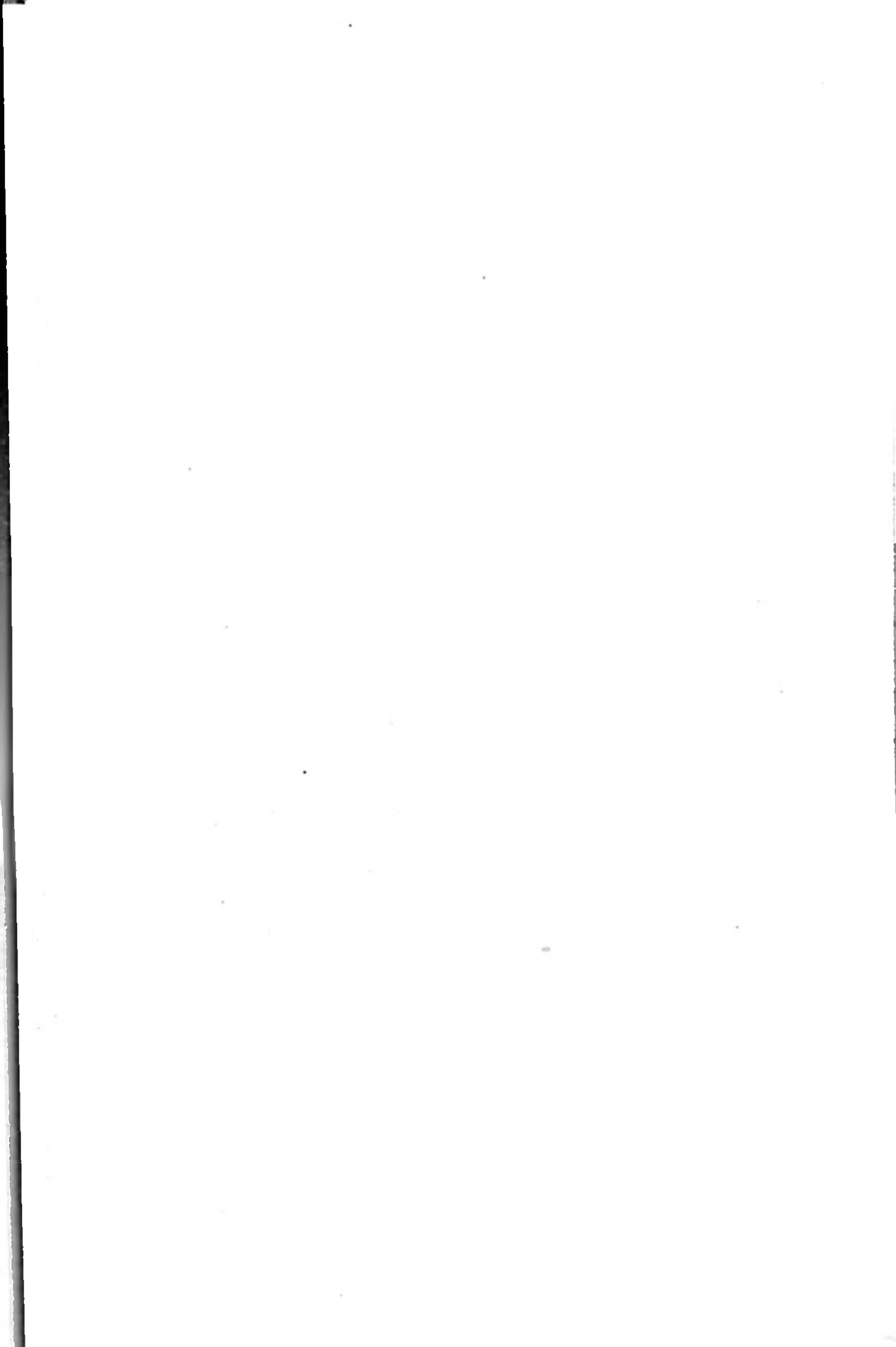
El pueblo (haga suya cada uno la frase antes invocada: «El pueblo soy yo») ha de actuar con la iniciativa y con la vigilancia, con la ejecución y la crítica, con el apoyo y la denuncia, sobre todas las obras que por su carácter de difusión afectan a la generalidad. Por ejemplo, en la distribución justa y real de las cuotas contributivas, contra las maniobras de falseamiento que, por lo común, despiertan como única y estéril reacción social la murmuración imprecisa; en la ocupación de los puestos de trabajo por los más eficientes, sin el amparo del respeto, que es una complicidad, a las situaciones creadas; en la concesión, en la retirada, en el reajuste de las becas y demás formas de ayuda al estudio; en la exigencia activa y descubierta de las percepciones sociales según justicia, no sólo para sí, sino para todos los de alrededor; en la descalificación social de los incapaces y corrompidos, de manera que no subsistan los homenajes externos con el interior menosprecio; en el premiar con la popularidad sincera, sin envidias ni reticencias, a quienes por su gestión recta y difícil se ven expuestos

al desaliento; en la racionalización de los métodos y organizaciones, en la culturalización de los ocios, en la higiene de las costumbres...

Cabe en todo esto, y en muchas más cosas que cada cual puede enumerar descansadamente, abandonarse en la acción de las burocracias. Y las burocracias, desde luego, son necesarias, pero resultan impotentes si el pueblo no las secunda, no las acompaña o no (y esto importa más) las empuja o las precede.

Hay mil eventualidades de asociación, a cualquier escala y para múltiples finalidades. Pero aún sin ellas (el español es perezoso para organizar y perseverar organizado, ya se sabe), hay la asociación instantánea, tan española, del «Fuenteovejuna»: se trata de que cada uno se haga tan elástico para aportar su presencia al acto justo y útil como para retirarse rápidamente y lealmente del juicio precipitado y del impulso trivial.

Se trata, dicho de otra manera, del «calor popular», modo el más elemental e inmediato de presencia del pueblo, manifestación primera e insoslayable de la vida colectiva. Todo lo nocivo habrá de congelarse en el vacío ambiente. Todo lo positivo habrá de potenciarse, multiplicándose por la calidez con que cada uno manifiesta no ser indiferente al bien común. El primer modo de presencia popular es muy general, muy difuso, no puede dejar de percibirse en ningún caso y en ningún momento: es la temperatura ciudadana.



VI. PRESENCIA VECINAL

Quizá el calvero más visible en la conciencia social de los españoles sea el que se refiere a la vida vecinal. Entre la unidad de la familia, que existe y es sentida con palmaria robustez, y la unidad nacional, que también constituye una vivencia general duradera, sólida y profunda, se extiende un bache perturbador, una mella que transtorna la fisonomía ciudadana: es la falta de sentido vecinal.

Al hombre común de nuestra tierra le importan su vivienda y su patria, no su calle o su ciudad. Diríase que una segunda frontera nacional pasa por el marco de la puerta de su casa. El inquilino de la vivienda de al lado, y no digamos el de la de enfrente, existe con suma palidez, si es que existe con algún género de presencia, en el currículo vital de su vecino.

A la verdad, cuando los fundadores de la doctrina y de la acción de nuestro Estado dieron con la aldaba sobre los tres ámbitos naturales de convivencia—familia, municipio y sindicato—, pegaban en unos apoyos bien herrumbrosos. Pero el más oxidado, el más

en desuso, el más comido y desfigurado por la inacción era el segundo. Los mismos adjetivos *rural, local, municipal,* habían adquirido en nuestro idioma un soniquete despectivo, si no ofensivo (recuérdese «el vulgo municipal y espeso»); la realidad lugareña, que de suyo tendría que ser tan ligada y entrañable, venía siendo un ingrato entresijo de despego, hostilidad interior, frialdad y caciquismo.

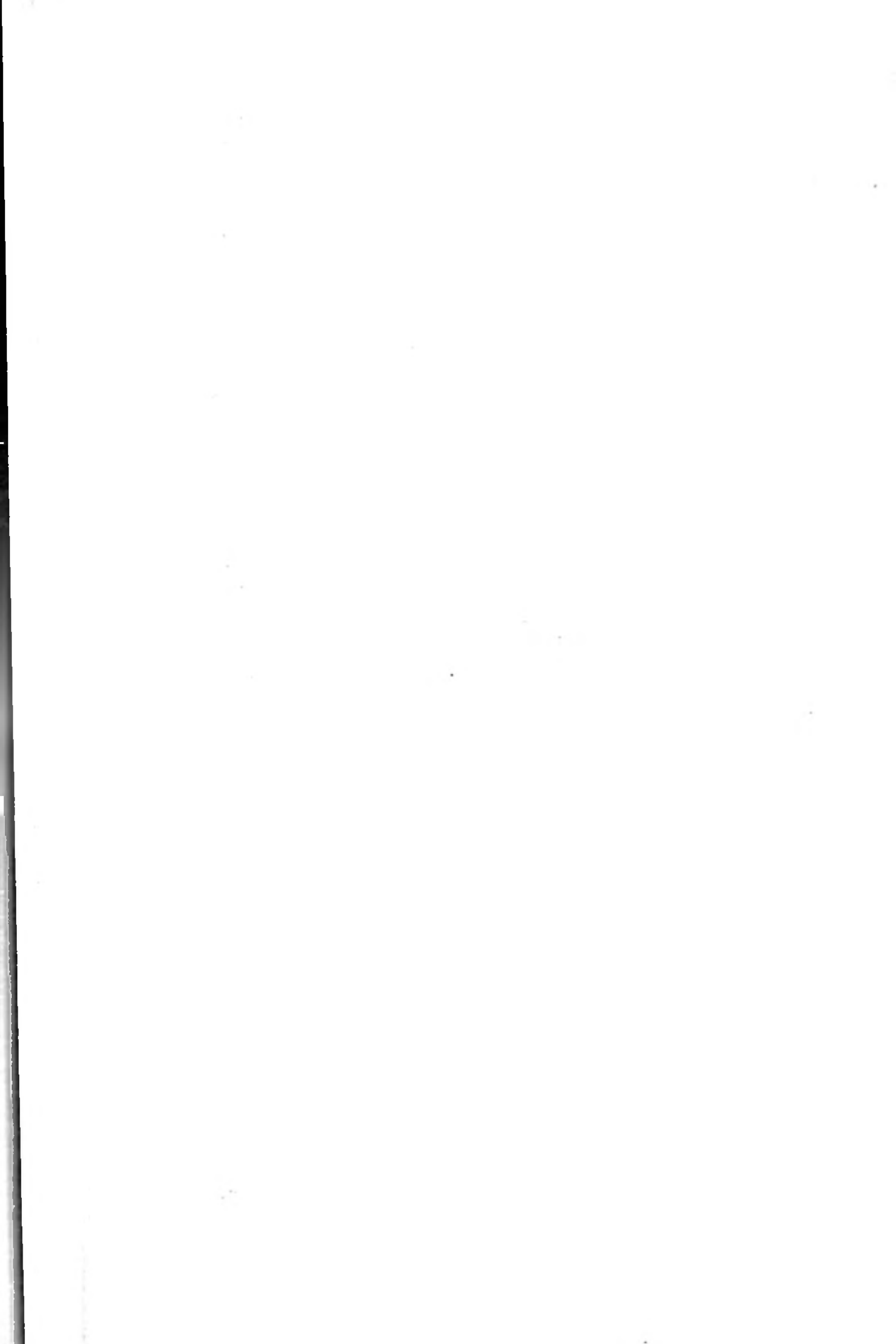
Durante los XXV años se ha atacado este problema desde el Estado, desde el Movimiento y desde las entidades locales de más alto bordo. Piénsese en las Diputaciones premiando y celebrando las realizaciones de los pueblos; en los grandes Ayuntamientos procediendo de semejante manera con los barrios; en las campañas de Extensión Cultural, de Colonización, de Hermandad Sindical urbanocampesina, etc. Pero reconozcamos que la iniciativa local, en cambio, todavía no responde ni corresponde como es debido. En esto nos distinguimos neta y desfavorablemente de otros países; y no sólo ricos como Estados Unidos, Inglaterra o Francia, sino pobres, como Italia o, sin ir más lejos, Portugal.

En el nuevo horizonte ha de vivificarse el orden natural de las agrupaciones locales. Es este un resorte que ahora mismo está sometido a plena tensión en todas partes, debido a la presión de la amenaza bélica, la cual manifiesta dramáticamente vulnerables a los países macrocéfalos, a las naciones que no tienen suficientemente numerosos y desarrollados los nudos comarcales de convivencia. Pero al imperativo de las circunstancias se suma, en nuestro caso, el imperativo político doctrinal y el de una gran tradición decaída y resucitable.

No vale contentarse con las elecciones como forma única—y forzosamente esporádica—de cooperación

vecinal. Los nuevos ciudadanos, los que ahora cursan la adolescencia o salen de ella; es decir, los protagonistas del «nuevo horizonte» que se divisa desde la cima de los XXV años, han de mostrarse más presentes, y más profunda y permanentemente, en el ámbito de la vida local.

Esto pueden hacerlo cada uno por su cuenta y con sus fuerzas individuales; pero mejor bajo las múltiples formas asociativas que pueden entrelazarse alrededor de cada problema local, ya que estos se caracterizan por ser múltiples: problemas de economía, de administración, de higiene, de enseñanza, de urbanismo, de comunicaciones, de estética... Es una pena que en un país donde existen amigos de los castillos o amigos de los canarios flauta, por ejemplo, brillen por su ausencia en cada pueblo las asociaciones y operaciones espontáneas en favor de la calle limpia, del camino transitable, de la mecanización agraria, de la escuela bien dotada y bien concurrida, del *sitio*, en fin, que enorgullece a los propios y atrae, admira, incita a los extraños.



VII. PRESENCIA SINDICAL

En la sumaria revista que acaba de pasarse a la incorporación o presencia activa del pueblo, el orden individual y el orden vecinal nos han ofrecido zonas que están pidiendo más intenso y urgente cultivo, repoblación, o incluso roturación y desbroce: zonas que, por emplear una terminología al uso, no se encuentran aún «en condiciones competitivas».

El panorama es distinto en el orden sindical. Aquí las realizaciones tienen solidez, volumen y dinamismo suficientes, no ya para aguantar la comparación con otras realizaciones anteriores o actuales, indígenas o forasteras, sino para ser tomadas desde fuera de aquí como fuente, precedente y prototipo.

Puede esto decirse sin empaque y con toda sencillez, pero no puede dejar de decirse.

La organización sindical española representa, como toda organización sindical genuina, al mundo del trabajo. Es el órgano social de la población trabajadora, sin el resabio demagógico marxista. Y es un órgano alineado en la lucha por una justa mejora del nivel

de vida, exigente y ambiciosa, pero sin cultivar el rencor destructivo de la vieja lucha de clases.

Ahora bien, se trata de un órgano a través del cual el irrendetismo proletario del mundo universal moderno toma una versión original: la desproletarización del mundo del trabajo, mediante la incorporación de los capaces a la rectoría económica, técnica, política y administrativa; simultáneamente con un orden social cristiano, con el entendimiento de la empresa, como comunidad, y con la tendencia a que el porcentaje de la población activa sea precisamente cien. La lucha de clases es sustituída por la acción anticlasista. La dictadura, por la totalidad e independencia nacionales: por la democracia orgánica. De esta manera, a la dictadura del proletariado como instrumento y etapa de la revolución social, el Estado sindical responde con la plenitud orgánica del pueblo que co-labora, co-opera, con-vive.

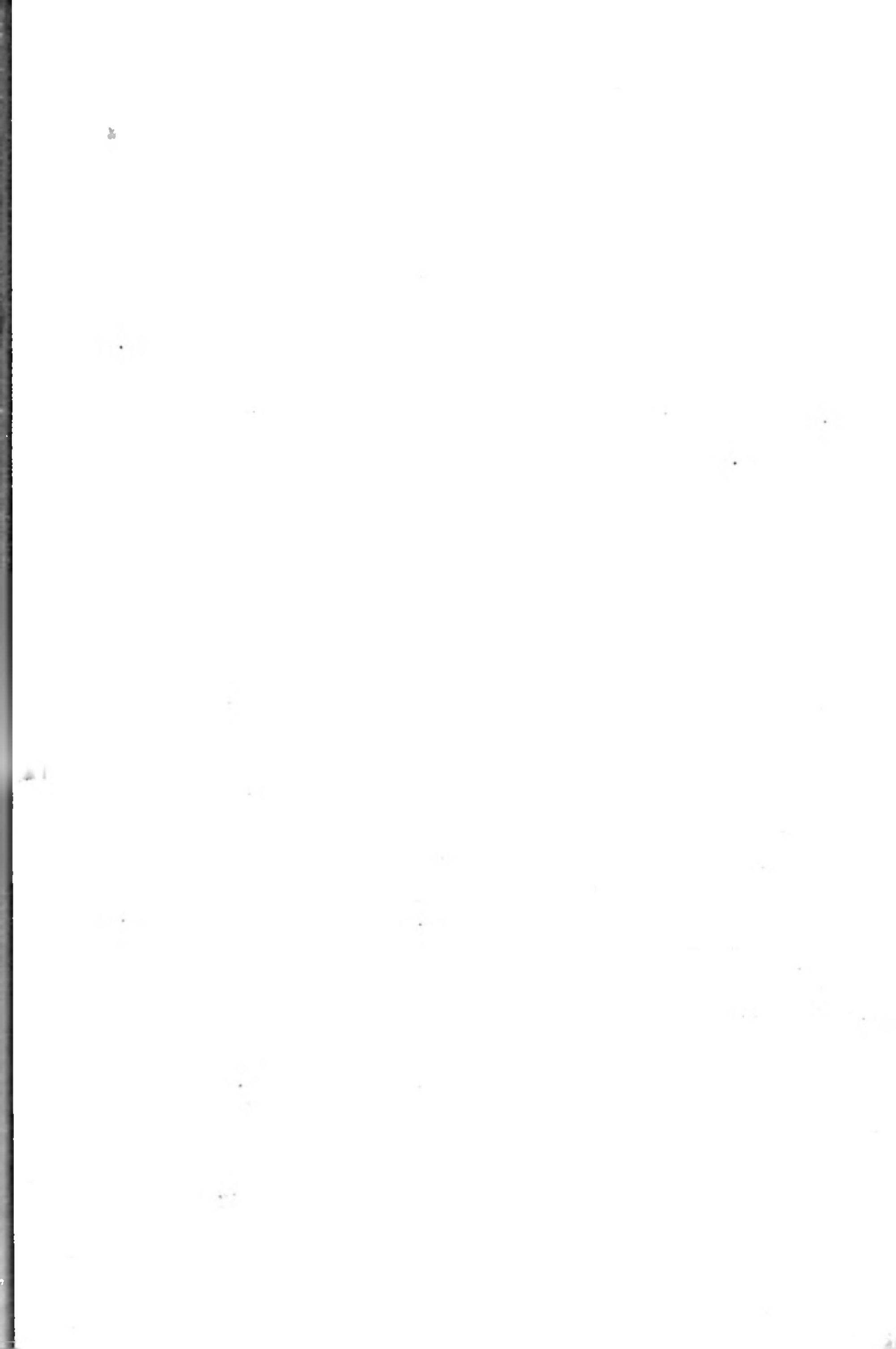
Esto, respecto a la dialéctica general y de base. Que al nivel de las realizaciones, en la edificación del sindicalismo, el índice de presencia popular no es menos alto. Un vistazo a lo que ya está cuajado, asentado y arraigado en materia de Seguridad Social; de intervención en salarios, precios, horarios y métodos; de promoción social, de formación profesional; de trato influyente con la administración y de trato colaborador con las fuerzas económicosociales exteriores; una simple ojeada sobre las estructuras materiales que pertenecen a toda esta maquinaria, o sobre la proporción demográfica y la generalidad de las clases implicadas, es bastante para registrar la colosal medida en que el sindicalismo español rebosa (caso mundialmente único), la esfera operativa y la ambición histórica de los movimientos obreros.

De aquí que el nuevo horizonte, en cuanto a la pre-

sencia sindical del pueblo, se ostenta como una continuación natural, y naturalmente progresiva, de los XXV años anteriores.

Por lo demás, semejante progresión, tanto en el calado como en la amplitud de la vida sindical, está visiblemente programada. Los documentos de los Consejos Económicos, de los Consejos Sociales y del Consejo Nacional Sindical, las alocuciones oficiales del Delegado Nacional y las expresiones de máxima solemnidad del propio Caudillo dan fe no interrumpida de esta *ejecutiva y programada* continuidad en el avance. A la Organización Sindical—ha dicho Franco en Burgos, al culminar la celebración de los XXV años y de cara al nuevo horizonte—«ha de írsele reconociendo un mayor campo de actividades, como exige su naturaleza, su mayoría de edad y el puesto destacadísimo que ocupa entre nuestras estructuras orgánicas, seguro de que cumplirá su cometido sin menoscabo de la lealtad y disciplina con que viene ajustándose a sus insustituibles líneas constitutivas. Ello permitirá, a su vez, que los órganos del Estado puedan dedicarse más intensamente a otras nuevas tareas y a las que son sus funciones privativas e intransferibles».

En el nuevo horizonte, la presencia sindical del pueblo aumenta en el sentido de que se acentúa el carácter representativo, promoviéndose por elección un mayor número de puestos gestores, y una mayor jerarquía de puestos electivos. Y en el sentido de que las realizaciones sindicales en general se difunden a órbitas más extensas, tanto en lo geográfico como en lo económico, como en lo político.



VIII. PRESENCIA COOPERATIVA

En cuanto se consideran con atención, con interés y con detenimiento los modos y maneras por los cuales el pueblo puede hacerse cargo de su propio destino, es claro que surgen de inmediato las tres vías ya clásicas doctrinalmente. Pero también surgen otras que, de suyo, no encajan en una ni se constriñen y limitan a una de esas tres.

El grado de complicación y de numerosidad de las relaciones humanas trabadas por la civilización, el grado de interdependencia en que vive cualquier ciudadano de cualquier comunidad nacional de nuestra época (no de la época que termina, sino de la época actual y naciente) es tan alto, que la presencia popular tiene que multiplicarse, y sus modos tienden a rebasar cualquier inventario.

Con vistas al nuevo horizonte español, hemos contemplado (casi sería más exacto decir, por la brevedad con que tenemos que expresarnos: hemos invocado), la presencia del pueblo en lo familiar, lo municipal, lo sindical. Nos quedan por invocar otros

modos de presencia, que aunque sean menos básicos y sistemáticos, no son menos incitantes. Claro está, repitámoslo, que se trata de la realidad sociológica española.

Pensemos en el orbe cooperativo. Las cooperativas son entidades asociativas espontáneas de tipo comunitario y con finalidad económica precisa: de producción, distribución o consumo.

Quizá todos aquellos adjetivos, (incluso el que hace de sustantivo: cooperativa) están tan desgastados por el uso que no se distinguen. Pero si se los recalca y acentúa, su actualidad, su importancia, y valga la palabra, su *democraticidad* son flagrantes. El cooperativismo es uno de los medios de defensa y de lucha más prometedores, digámoslo sin rebozo, contra el capitalismo y la plutocracia, contra el comunismo y la dictadura.

Las empresas cooperativas de *producción*, que en estos XXV años se han desarrollado a corta escala o a escala media en diferentes partes de España, cuando completan su desarrollo constituyen el espécimen más logrado de la *reforma de la empresa*, tan abrupta y morosa de conseguir por vía legislativa.

Las cooperativas de *producción* pueden ser en ciertos casos la única manera de salvarse que les queda a las pequeñas empresas, de índole familiar o rural, frente a la competencia de las grandes empresas organizadas y conectadas en monopolio. Piénsese, como horizonte inmediato y esperanzador, en lo que ahora mismo están logrando las cooperativas productoras de leche, de vino y de otros productos alimenticios, estimuladas por el Estado.

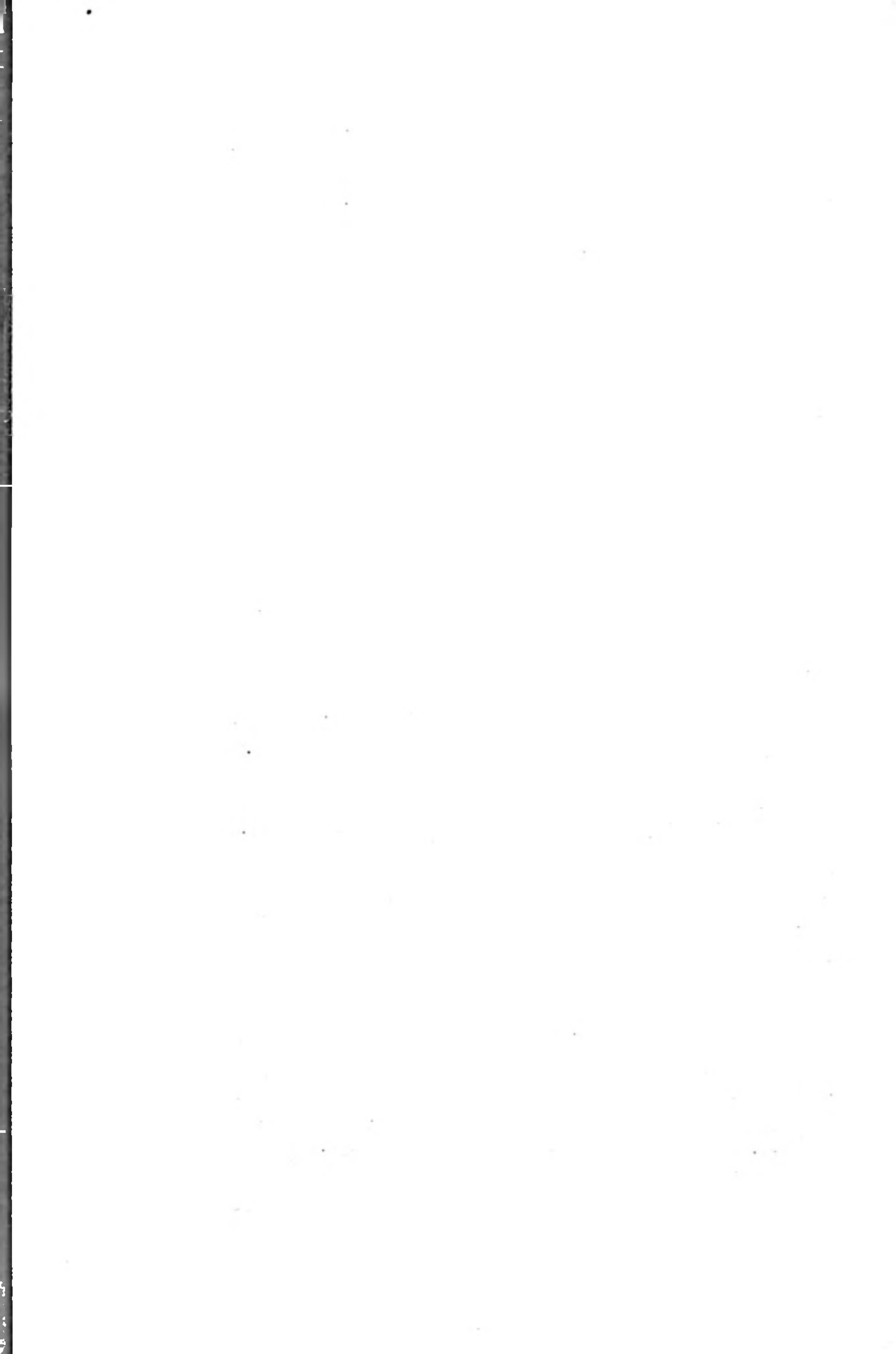
Las cooperativas de *distribución*, a pesar de encontrarse francamente en mantillas, han ejercitado ya

algunas operaciones de entrenamiento en la gran operación de suprimir intermediaciones ociosas entre el productor y el consumidor. El auge de los supermercados (sigamos reconociendo que las iniciativas vienen de arriba) demuestra que la distribución no tiene por qué ser un ramo aparte y autónomo en la vida económica. La distribución en cooperativa puede lograrse sin costo y con abaratamiento. La práctica de los supermercados ha demostrado, a ojos vistas, cuánto tramo hay en la economía que es parásito de la disociación, de la no cooperación económica.

Las cooperativas de *consumo* llevan una vida sumamente desigual. Hay colectividades donde estas cooperativas constituyen un privilegio cotizado y envidiado; hay otras donde se ensayan, se arruinan y desaparecen. Por pocas que sean hoy las que tienen éxito, vale señalar que existen. O sea, que pueden existir... Y ser el ensayo y el avance para una gran regularización nacional de los suministros.

El cooperativismo lo están alentando el Estado y el Movimiento; este último, desde la esfera sindical. Lealmente debe reconocerse que los directamente interesados en su desarrollo, o es que no han caído en la cuenta de su importancia, o que no aprecian el método, a pesar de que desde arriba se lo están señalando de mil maneras. Y los directamente interesados son nada menos que los productores y los consumidores. ¡Es decir, todos!

Hacia el nuevo horizonte de la presencia popular española, el cooperativismo ha de florecer con ímpetu, en todas sus modalidades. Le incita la necesidad, le incita el Gobierno, le incita la Organización Sindical; si él no responde, los mismos que le incitan tendrían que dejarle a un lado, abandonarle y *sustituirle*.



IX. PRESENCIA POLITICA

Las entidades políticas de carácter representativo, y a su cabeza las Cortes, ostentan en España su propia estampa y vigor, como instituciones genuinamente democráticas. Las Cortes, estatuídas por la Ley como órgano superior de participación del pueblo en las tareas del Estado, vienen a ser un dispositivo mixto—Senado y Congreso, asamblea unicameral—por su composición y por sus cometidos y atribuciones. La absoluta mayoría de los procuradores, directa o indirectamente, deben su puesto a la elección.

El hecho de que no se admitan los partidos políticos no quiere decir que se desconozca ni se menosprecie la representación popular, sino todo lo contrario: que ésta sea más sincera, plena, racional y efectiva.

Existe y rige en España un sistema político representativo. Vaya por delante esta obvia realidad. Ahora bien, hay algo más: el Movimiento, en su línea de perfeccionar la práctica de la democracia, se emplea a fondo para conseguir que a la *representación* popular la acompañe, la complete y la garantice la

presencia popular. Es el tema de esta serie de trabajos, y es el rasgo más hondamente democrático del Movimiento mismo.

Como introducción a unos conceptos sobre la presencia popular que el Movimiento supone, digamos algunas palabras acerca de los que *han visto mal.*

Los que *han visto mal* desde el extranjero tomaban al Movimiento por un partido político minoritario y dominante, o sea, dictatorial. O por un expediente que el despotismo utiliza para fingirse una popularidad inexistente; algo así como un artificio publicitario con el cual los servicios de propaganda ayudan y amparan a los servicios de represión policial. O por una coalición política de derechas, del tipo de los llamados Frentes Nacionales, que se enfrenta a una coalición política de izquierdas, del tipo de los llamados Frentes Populares.

Los que *han visto mal* desde el interior, entendían al Movimiento como un departamento más de la administración pública—en el mejor de los casos—o como un coto cerrado en el que alguien se reserva los presupuestos de honor y sustento generales—en el peor.

Van transcurridos los bastantes años para que los de fuera se convenzan de que aquí, o no hay ninguna oligocracia cerrada, o es la oligocracia de los capaces—que, por naturaleza, nunca son muy mayoría ni muy minoría—, abierta a todos. Y, a la verdad, ya son muy pocos, si es que alguno queda, los que *ven mal* desde el extranjero: el españolazgo del exilio, cuando no está muy trabado por intereses y por disciplinas no confesables, ha rectificado, ha regresado, o nos acompaña sinceramente desde sus situaciones creadas, desde sus cobros—que Dios se los conserve y se los aumente—en rublos, en dólares o en pesos.

También han transcurrido los bastantes años para que dentro del país y dentro del Régimen los que *vieron mal* el Movimiento a los principios, se incorporen en el Movimiento, con todas sus armas y bagajes, y sin recelo de ser mal recibidos ni de que se les tome por claudicantes. De hecho, todos los no malintencionados saben ya a qué atenerse.

El nuevo horizonte que se otea al cabo de los XXV años transcurridos, presenta al pueblo un campo y palenque para su *presencia política directa* (otros géneros de presencia se examinan y sugieren en esta serie), que es el Movimiento Nacional, como entidad y vía organizadas, con su nombre, su domicilio, su reglamento, su funcionariado, su autoridad, su significación y su representación.

El Movimiento—subrayó el Jefe del Estado, en el XXV aniversario—«comprende una doctrina, una organización, una disciplina y una jefatura».

Las vocaciones políticas tienen aquí su cauce. Ninguna capacidad intelectual debe quedar desaprovechada por falta de medios, en la sociedad española. Ninguna capacidad intelectual política debe quedar desaprovechada por falta de empleo. Y el Movimiento ofrece esos medios y esos cauces, de manera directa.

Es preeminente—por su volumen, por su alcance, por su significación y por su trascendencia—la Organización Sindical. El Movimiento es, en sí, sindicalista. Y a la presencia popular por esta vía se le dedica un apartado propio en esta serie.

Las Delegaciones del Movimiento son, cada una, un cauce para el ejercicio de la presencia popular.

La de Provincias impulsa y es impulsada, estimula, coordina y potencia la iniciativa local; el antiguo

problema español de que gran parte de la vida provincial curse desigual, lánguida o latente, es enfocado por el Movimiento con un designio de incitación a la vida general del territorio, sin parcelas reticentes o espectativas.

La de la Sección Femenina actúa propiciando la presencia efectiva de la mujer—tradicionalmente retraída—en la transformación histórica del país; naturalmente, obra en los campos de atención propios de la mujer, pero estos son determinados de una manera moderna, superando la «reclusión psíquica» que hoy día, aún cuando no fuera de por sí injusta y torpe, es incompatible con el tiempo. La presencia de las mujeres en el Movimiento, y de la Sección Femenina en el quehacer nacional, ha de ser continuada, penetrante y creciente.

La de Juventudes, sobre cuyo campo de operación se insistirá en el apartado siguiente, constituye una de las rutas más amplias y delicadas de la presencia popular. Amplia porque, como es obvio, tiene por delante *todo* el futuro. Delicada, porque es necesario mantenerle alejado de cualquier partidismo. La expresión política de la juventud ha de desenvolverse en un alto nivel de conocimiento de las realidades españolas y de programación de las realizaciones españolas; en un plano sociológico, técnico, cultural y realista, pero no en el plano de las incidencias políticas menudas.

En el nuevo horizonte, hay dos Delegaciones del Movimiento que han de verse ajetreadas y hasta abrumadas por el mucho quehacer. Son dos caminos abiertos a la irrupción de las nuevas vocaciones políticas, y a los que está encomendado que no se frusten esas vocaciones, sino que prosperen con libertad, con utilidad general, con rendimiento y sin cortapisas: son

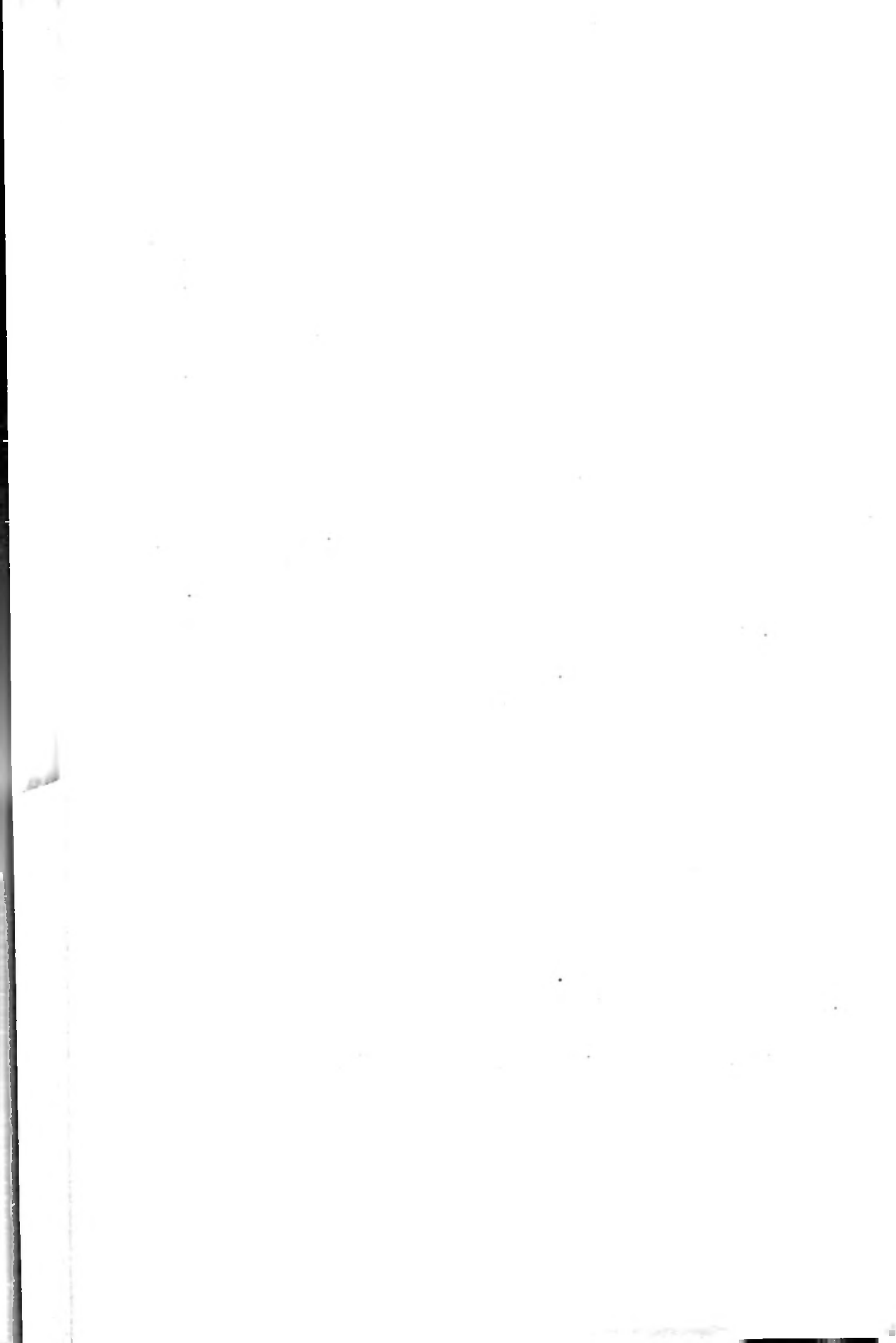
la Delegación Nacional de Organizaciones y la Delegación Nacional de Asociaciones.

A la primera está confiado el dar vía libre y eficaz (es decir, potenciar y multiplicar), las personas y las energías que provienen del mismo campo y de las mismas estirpes vitales, de las mismas fuentes y del mismo estilo de donde el Movimiento y el Estado han nacido: de lo que en las horas ardientes de la guerra tenía un significado inequívoco, el del yugo y las flechas, el del haz de tradición y revolución que llevaban los combatientes.

A la segunda le corresponde y se le franquea el albergar, el ayudar, el potenciar por su parte las iniciativas ciudadanas de promoción y de asociación que no aspiran a una tan marcada ejecutoria política. En ella caben, y de ella tienen derecho a reclamar consideración y respeto, atención y ayuda, incluso las asociaciones nuevas que no sepan o no quieran saber nada del pasado inmediato.

No cabe mayor y más generosa apertura a la presencia popular directa—profesional, cualificada, digámoslo así—para el acceso de los cerebros políticos a la acción política. Cabe en ella lo confesional y lo no confesional. Lo conocido y lo imprevisto. Lo previsible y lo imponderable.

Todo el que pueda valer, contar o inventar algo en el nuevo horizonte español, todo el pueblo, tiene ahí unos lugares que no sólo acogen su presencia, sino que están hechos para esperarla, suscitarla y hasta exigirla. Y, tal como Franco ha dicho, «sin discriminación de procedencia o estamento»: sin exclusión y sin reserva.



X. LA PRESENCIA DEL FUTURO

Determinadas apelaciones al futuro suelen encubrir —o declarar—el despego hacia el presente, escepticismo; el rencor hacia el presente, revanchismo; o bien la falta de fe o simpatía, la falta de creencia o de voluntad respecto de cualquier presente posible: nihilismo.

Hay un ánimo catastrófico, que no establece nexo entre el presente y el futuro; y un ánimo continuador que lo establece, sin dejar de asumir las rectificaciones que sean necesarias.

Durante los XXV años, especialmente durante los primeros lustros, ha dado diversas señales de vida el ánimo catastrófico; sin embargo, rivalizando en contumacia con su antagonista, es el ánimo continuador el que, una vez y otra, ha demostrado tener razón, y lo sigue demostrando. La experiencia acredita la esterilidad de todo lo que no acepta el futuro como continuación. Lo ilusorio de todo gesto de borrón y cuenta nueva. Lo ridículo de toda postura de aquí no ha pasado nada o de no importa lo que está pasando.

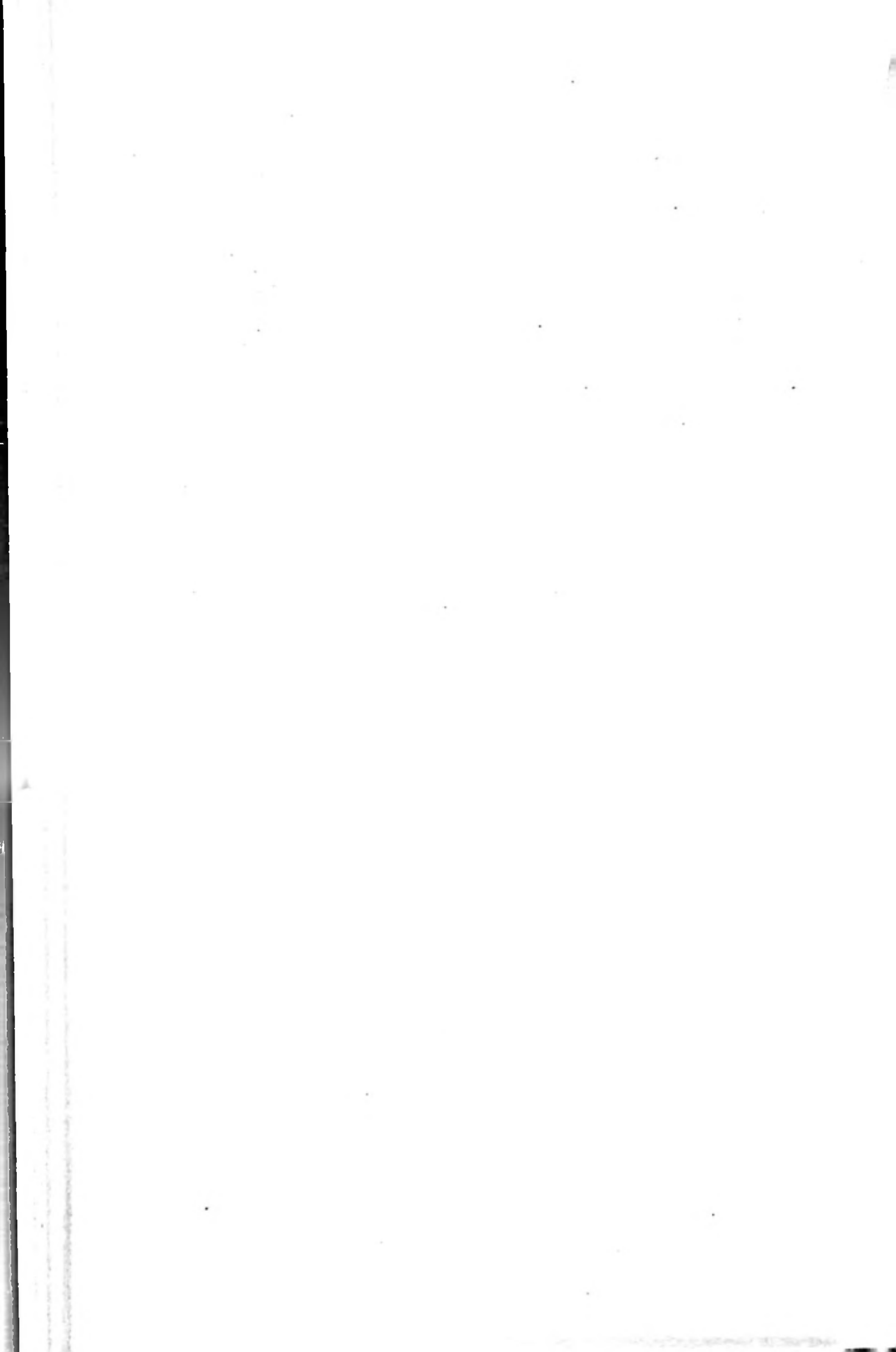
A propósito de la sucesión de la realidad política española, hay que repetirlo: es ella la que se sucede a sí misma. O en otros términos: lo porvenir es eso mismo que está haciéndose aquí y ahora; en la arena, sea candente, sea templada, de lo actual. El futuro no vendrá frívola ni pasivamente; seamos realistas. El futuro político social de España está fraguándose donde su futuro biológico: ahí, en sus generaciones jóvenes, ya presentes y ya inminentes. Unas generaciones que, aún sin contar con que el ritmo de relevo va a acelerarse, llegan antes de lo que se suele calcular.

Y en ellas, ante ellas, el pueblo tiene su acceso desembarazado, despejado, libre. Incluso cómodo. Incluso inevitable. El que no sepa lo que puede hacer para el futuro y cómo decidirlo y moldearlo, es porque no se da cuenta de cómo está rodeado por la juventud y por la infancia, por la multitudinaria proliferación del bosque circundante; la cual va a ser, ya mismo, el bosque mismo. Esa es la respuesta real a la cuestión nacional sucesoria.

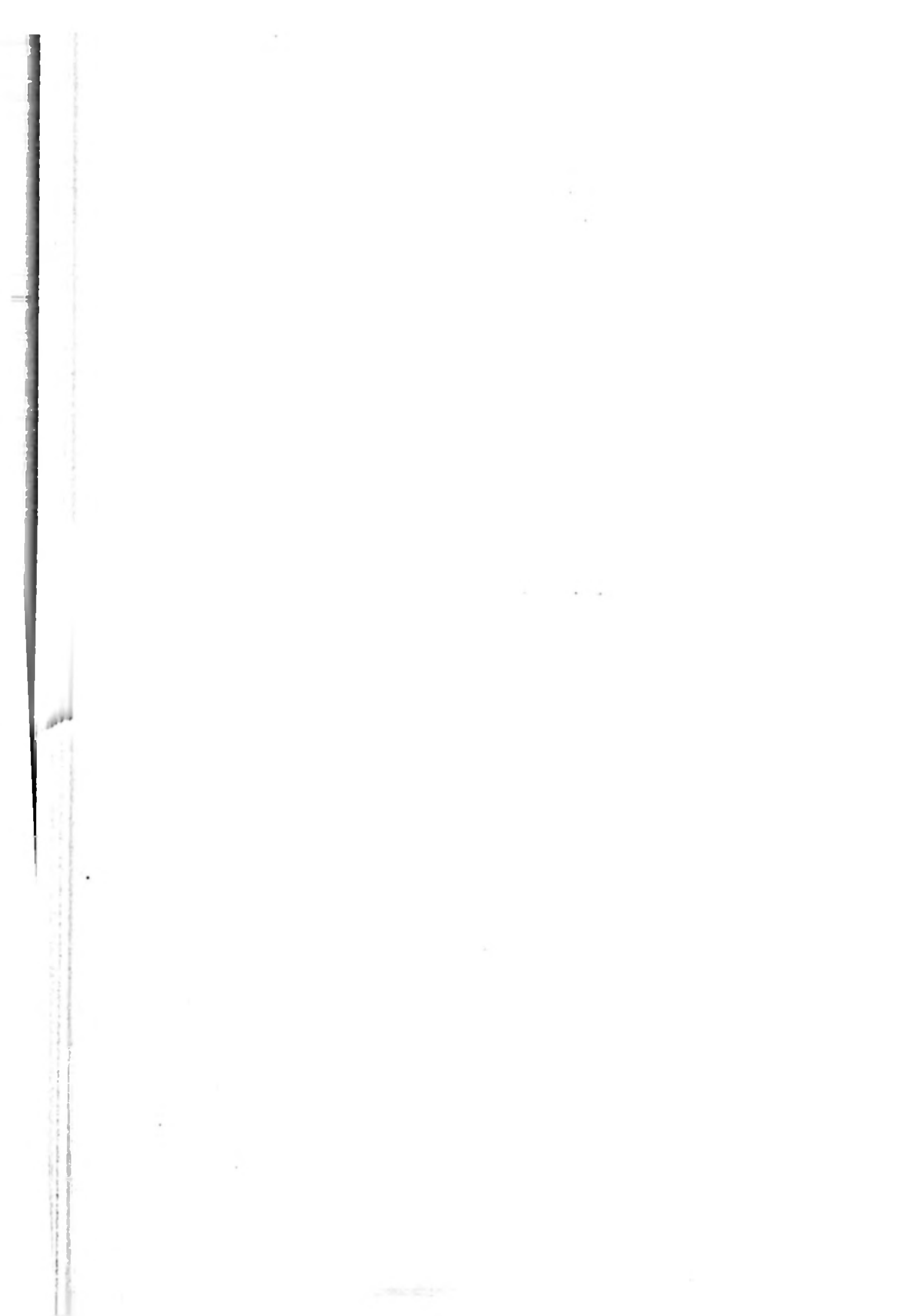
Si el pueblo puede influir en el futuro, puede hacerse presente en él, a caño libre y sin restricciones, es precisamente porque el futuro no cursa anárquico, sino encauzado: la escuela y la Universidad, los instrumentos de aprendizaje y maestría, las organizaciones deportivas, la Organización Juvenil. Por ahí va desfilando el futuro, por ahí viene. Y ahora, al pasar de los XXV años al nuevo horizonte, no puede dejarse de reconocer que esa vía está tan liberalmente expedita, que ni siquiera se han enterado de ella los conspiradores en su búsqueda encandilada de los resquicios tenebrosos.

Quien ha de demostrarse enterado de ella, ahora, y de hacerse cada vez más presente en ella, en lo suce-

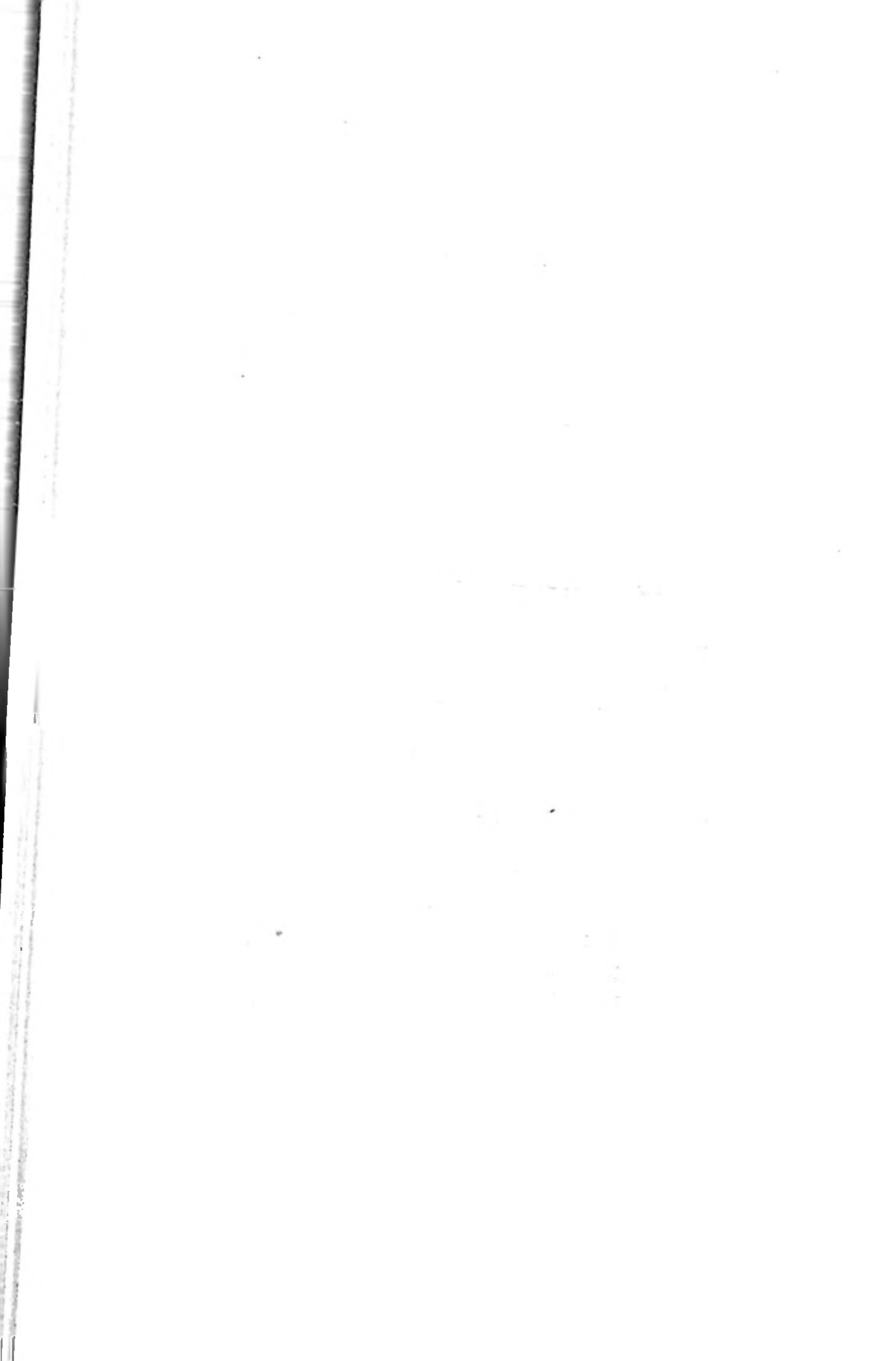
sivo, es el pueblo. Es un orden de acción tan atractivo, como llano, como transcendente. El pueblo ha de hacerse ver acompañando, sin importunarla, a la juventud. El que la juventud resulte más y más visible en el concierto cotidiano de la vida española será la más hermosa y la más eficaz de las modalidades de presencia del pueblo en la decisión de su destino... al doblar la esquina de XXV años cumplidos, repletos, enorgullecedores, fecundos; y enfrentarse, bien pertrechados de paz, de fuerza y de templanza, con el horizonte nuevo.



INDICE



INDICE



COLECCION NUEVO HORIZONTE

Títulos publicados

Serie Editorial

«Nuevo horizonte de vida española» ... ... 20 ptas.
«El campo andaluz» ... ... 10 »
«La transformación agraria» ... ... 20 »
«La formación profesional y la nueva sociedad» ... ... 15 »
«Veinticinco años abiertos al futuro» ... ... 15 »
«El desarrollo regional de España» ... ... 20 »
«Ante el mercado común europeo» ... ... 20 »
«José Antonio en el nuevo horizonte» ... ... 15 »
«El mensaje de José Antonio» ... ... 20 »
«Franco ante el nuevo horizonte» ... ... 20 »
«Rumbos de la empresa nacional» ... ... 20 »
«El pueblo español» ... ... 20 »
«Panorama de la educación española» ... ... 20 »

Serie «Foro de Ideas»

«La provincia y el gobernador civil», por José María del Moral ... ... 20 »

EL NUEVO HORIZONTE DE LA DEMOCRACIA

Es bien sabido que la última tentativa de democracia liberal en España fué disolviéndose, a través del caos de partidos políticos, en un estado general de anarquía que resultó presa fácil para la final invasión comunista.

Desde que esta invasión fué contenida y rechazada por las armas, España intenta reconstruir su democracia sobre la base de rectificar los antiguos errores y buscar unas formas expresivas más de acuerdo con los tiempos. Semejante a otros países del mundo libre, España trata de organizar una democracia social y representativa.

En la sinceridad del propósito de que ésto no se quede en meras proclamaciones formularias, en la necesidad de institucionalizar la representación, y en el designio de formar costumbres políticas (que, al fin, son la gran garantía real de la vida democrática), las vías de la representación han de estar vivificadas y respaldadas por la PRESENCIA popular. Es lo que se estudia y describe en el presente fascículo de la colección «Nuevo horizonte».

20 ptas.